

QUETZALCÓATL

CANTO XII

EL ÁRBOL DE PIEDRA

VIEJO SOY y lleno de zozobra, Nanotzin. En el espejo me he mirado: Aquí, en el lugar que llaman Junto al Árbol, me he mirado a través de mis lágrimas...

Abandoné mi ciudad, quemé todas mis casas, escondí en lugares secretos obras de belleza, como un arco iris volaron hacia las costas mis prodigiosas aves, y comencé mi camino en cerrazón de alma, como ciego tameme de mí mismo, abrumado por el peso de la última luna de mi tristeza.

Me he mirado en el espejo, Nanotzin, y he visto mi barba como una gran araña gris: viejo soy, un harapo de congoja. Cada piedra del camino ha sido un azar para mis vacilantes piernas y mi cuerpo se ha engurruido de miedo. Ante la aurora me he sentido como un simio cano sostenido por muletas de viento; y llegamos aquí, donde el espejo y mi rostro se habían citado, aquí, no un lugar de descanso sino de piedras amontonadas, donde por primera vez me he asomado a mi vejez, Nanotzin, frente al árbol... Y yo, Quetzalcóatl, desde ahora comedor de ceniza y sonaja de sollozos, frente al árbol vivo de brisa y sonoro de aves, he visto mi rostro...

Sí, he visto el espanto y la senectud en mi rostro, Nanotzin. Y he gemido. He visto la devastación de mi cabeza en la piedra bruñida. Y he gritado. Los pájaros callaron en el árbol, asustados por mi voz. Ninguno huvó: callaron nada más. Pero no había silencio. Y yo lloraba. Se oía, lejos, el graznido de un cuervo: un ronco y continuo voznar... Y a poco tomé de nuevo el espejo para mirar mi boca. Sólo la boca, Nanotzin, porque los ojos no hubiera podido... Solamente la boca, digo, mientras el cuervo seguía graznando y el sol se alzaba sobre la cumbre de la loma... Y la vi, abierta diríase por dos garfios invisibles, lastimosa, como para que le acercaran el trapo del vómito: un negro agujero hecho en un costal de huesos y silencio, mi boca antaño fuente de la palabra, mi boca que volvió a gritar cuando

los pájaros, todos a la vez, reanudaron su gorjeo en el árbol...

Y caí sobre las piedras,
herido por la pajarera algarabía...

De bruces quedé allí sobre las piedras, callado ya, tapándome con las manos los oídos, en vano, porque seguía oyendo sus trinos, y deseando morir allí mismo, sobre las piedras...

Pero no había aún ninguna raíz en mí para la más profunda noche. Mi corazón no accedía, Nanotzin, y morir es entrar después de haber asentido en el umbral.

Y estaba allí, Nanotzin, temblando, recién nacido a mi vejez, acezante, yo, Quetzalcóatl, uno y tres al mismo tiempo: árbol, dolor y piedra, tendido cara al cielo y ya ladeada la cabeza, contemplando en mi alma lo que mis ojos verían en seguida y hacia donde lanzaría lo que mi mano aferraba: el gran árbol rojo...

Volaron mirada y piedra,
el arrobo y la ira, Nanotzin, alcanzando al unísono el árbol luminoso: la piedra hundida en el centro del tronco y la mirada ascendiendo por el espeso ramaje hasta la cima, de donde bruscamente los pájaros surgieron como una erupción multicolor.

Y ante el árbol de luz sigo. Ha callado el cuervo y tiembla el cielo. ¡Ay tronco de la remembranza y ramas de la vida! La luz viene de abajo, luz de la tierra hecha savia que asciende hasta el diálogo de las hojas. ¡Oh rumorosa luz interior del tronco de corteza y cicatriz..., con la piedra, ¿la ves, Nanotzin?..., con la redonda piedra negra: ojo brutal y tranquilo sin ser y sin tiempo, la fija y dura conciencia inmutablemente abierta entre el pánico de la mudanza y la eternidad de los retornos!

Y he aquí, Nanotzin, que yo, hombre acabado, Quetzalcóatl en el lugar llamado Junto al Árbol, aún espero, farfullando palabras indigentes, yo que era la palabra que daba testimonio como el ave solitaria confirma en el mar la tierra, la palabra que convertía en puro lo oculto y hacía habitable el espíritu.

Sí, aún espero aquí con otra piedra en la mano, frente al árbol de luz que me requiere, yo, hombre acostado en su fin y, por la espera, erguido y desnudo en el comienzo de una nueva duración, sólo con la piedra, la semilla y el recuerdo...

Con la piedra

que lanzo ahora cerrando los ojos y vuela dentro de mi alma a través de una claridad de relámpago detenido hacia el árbol enraizado en el sueño y choca como un sollozo contra el tronco...

Suéltame las manos, Nanotzin, no preguntes nada ahora.

Espera... La luz herida duele, adentro... Me duele la luz. ¡Oh escucha! ¿No oyes? Ya canta el manadero de imágenes... No temas; no caeré, criatura... Un viento de oro mece las ramas y me acaricia el rostro, el tronco oscila al ritmo de mi cuerpo... No caeré aún. Nanotzin, el árbol de belleza es también árbol de dolor, en el que no anida ninguna ave de tiniebla...

Ahora una rama cimera se extiende como un brazo, y diríase que termina en una mano engarfiada en torno a un fruto que brilla como un pequeño sol de piedra. Mira, la rama se levanta como mi brazo y me lanza el fruto-sol contra la frente, y yo a mi vez lanzo una piedra, y otra, y otra... Me tambaleo, Nanotzin, pero no me caeré mientras en el montón queden piedras, que vuelan como pájaros y se hunden como armas...

Ya no duele la luz, y cada piedra que se hinca en el árbol resuena en mi espíritu con un sonido diferente, ecos de otros ecos que son imágenes, bandadas de recuer-

dos que se posan en la colina de mi corazón: mi vida, Nanotzin, mi pasado, mi escudo de sol y el espejo humeante del tentador; mis horas, mis días y mis años, el rostro del fuego y el del agua lustral, el nacimiento de la Estrella en mi boca profética... Y evoco hombres que bajaban de las nieves y olían a madera, y otros que subían de los litorales con panes de sal envueltos en anchas hojas; y todos se tendían entre las altas hierbas a esperar el rumor de mis pasos, el milagro de mi presencia y la quietud de mi sombra... Y mujeres hubo, Nanotzin, antes y después de ti; pero con ninguna de ellas compartí yacija ni di las siete vueltas nupciales en torno a una hoguera... Sólo tú... Con voz de río llegué hasta tu cuerpo de canoa nueva, tu cabellera de sauce y tu sonrisa de hoja lloviznada...

Y ahora todo es ido, ¡oh alma asediada de hielos! Todo se fue... ¿Qué queda, corazón, sino volver sobre las propias huellas, entre imagen y bandada, eco y colina, racimo y aguijón? ¿Para qué las preguntas cuando toda respuesta señala hacia la comarca del girasol negro y de las sombras embijadas y ha sumbado la última piedra?

Quieto ha quedado el árbol, Nanotzin, y quieto estoy yo. ¡Tengo frío! Viejo soy y lleno de palabras acurruadas. El viento se ha dejado caer sobre el árbol y duerme entre ramas de piedra. ¡Cómo pesa el viento dormido! ¡Cómo pesa el silencio del mundo en los brazos de mi alma! Mis rodillas se doblan, el árbol oscila de un lado a otro, dulcemente, acunando al viento, como yo acuno mi silencio... Yo, Quetzalcóatl en cuclillas sobre el polvo, llorando muertas estrellas, la cabeza entre las rodillas, mientras el árbol empieza a desmoronarse piedra tras piedra, estrecho con fuerza mi silencio, niño de roca en mis brazos de musgo, hijo de mi noche que cae sobre la tierra, y oigo el hondo golpe, Nanotzin, el eco remoto que torna de mi bosque profundo, el sollozo de los cielos en el cuervo que vozna, vozna y vozna...

—No.